

El trampolín

Mucha gente hay que no cree en la suerte. Dicen que todo está determinado y que nada sucede sin obedecer a leyes fijas, invariables, que provocan tales o cuales hechos, ya que el hombre no puede escapar a lo que el destino le reserva. Pero yo creo que hay un ancho margen para los acontecimientos imprevistos, una especie de puerta de escape para lo determinado y lo preescrito, un burladero para lo fatal, un trampolín para los saltos de la suerte. La gente del pueblo habla de "Pegarse el salto", es decir, intentar lo que parece difícil. Puede ser esto la casualidad, la eventualidad, lo que quieran, pero existe y yo puedo demostrarlo.

Tengo un delito sobre mi conciencia. Legalmente, es un delito. Moralmente, y sobre todo para mí, para mi conciencia moral, no lo es. Un tribunal me habría condenado; un hombre a solas con su alma, me perdonaría. No sé qué proyecciones tuvo lo que hice. Me conformé con el hecho mismo, sin importarme lo demás.

Hace ya bastantes años, siendo ~~un muchacho de veinte~~ estudiante de medicina, venía de Valparaíso a Santiago, de vuelta de vacaciones, acompañado de un compañero que tenía más o menos mi edad.

Subimos al tren en la estación del Puerto. Viajábamos en tercera clase. Mi familia era pobre y la de mi amigo también. Al llegar a la estación Bella Vista, vimos que subía al tren un hombre esposado, pobremente vestido, acompañado de un gendarme armado con carabina y de un ~~señor con facha de agente de policía~~ señor con facha de agente de policía. Como los dos únicos asientos desocupados del vagón eran los que estaban frente a nosotros, allí se instalaron el preso y el agente. El gendarme, luego de despedirse, ~~se bajó~~ bajó del tren.

Jóvenes, llenos aún de piedad para la desgracia ajena, nos sentimos impresionados ante aquel hombre, joven también, esposado y expuesto a la curiosidad de todos. Una vez sentado se arrimó bien a la ventanilla y miró por ella con insistencia, evitando nuestras miradas, que lo recorrían de arriba abajo.

Sí, era joven, treinta años a lo sumo, moreno, muy tostado, con reflejos cobrizos en los pómulos; los rasgos de su rostro eran regulares, normales. Vestía una ropa de mezclilla, muy arrugado, camisa sin cuello, y calzaba gruesos zapatones, de esos que llaman bototos. Toda su persona daba la impresión de ser un trabajador del norte del país, minero, calichero o carrilano.

Teníamos mucho deseos de hablar con el preso o con el agente y saber los motivos de la desgracia de aquel hombre, las circunstancias, dónde, cómo. Y empezamos a hablar con el agente de asuntos sin interés, hasta que uno de nosotros, sin poder resistir ya la curiosidad, preguntó:

--¿De dónde vienen?

--De Taltal.

--Y... ¿por qué lo trae?

El preso dio vuelta la cabeza y nos dio una mirada como de cansancio. Sin duda habrían sido ^{las} muchas personas que hicieron la misma pregunta durante el viaje.

--Por homicidio.

--¿Homicidio?

--Sí, mató a un amigo y compañero de trabajo.

Nuestra simpatía, por supuesto, disminuyó mucho ante la gravedad del hecho, pero el preso, que pareció darse cuenta de ello, empezó a hablar, como si quisiera recuperar esa simpatía que se perdía:

--Sí, eso dicen, que yo lo maté, pero Dios sabe que no supe lo que hacía y que nunca tuve esa intención.

Siguió, y escuchamos, atónitos, su relato.

--¿Cómo lo iba a querer matar, si lo quería tanto? Anduvimos juntos durante mucho tiempo y nos apreciábamos más que hermanos. Nos conocimos yendo en un enganche para las salitreras y desde el primer momento nos hicimos amigos: él era de Temuco, yo soy de Linares, los dos del sur. Recorrimos casi todo el norte sin separarnos, ^{buscando} ~~buscando~~ la suerte por las salitreras, las mi-

3-El trampolín

nas, los puertos, por todas partes; hasta en Bolivia anduvimos. Nos emborrachábamos juntos y juntos caíamos presos, juntos salíamos de la capacha y con uno que trabajara, comíamos los dos. Cuando uno se enfermaba, el otro lo cuidaba; teníamos confianza el uno en el otro y nunca hubo entre nosotros un sí o un no. Para qué les cuento más: nos queríamos muchísimo, pero como hombres; no vayan a pensar en otra cosa, no. Martín era muy travieso y le gustaba payasear conmigo; a mí también me gustaba. Eso fue lo malo. Era muy pesado de mano y me daba a veces unos manotazos, muy fuertes, que me dejaban medio atontado. Yo le atracaba con todas mis fuerzas, pero era mucho más macizo y cuando pegaba parecía que lo hacía con una piedra. Le quedaba el pellejo ardiendo a uno. Me daba un puñetazo, yo le daba otro, me pegaba una cachetada, se la contestaba, si me pellizcaba lo pellizcaba, y todo esto riéndonos, sin pizca de rabia ni de mala intención, como dos chiquillos. Hasta que una noche en que estábamos tomando, pasó la historia. No sé si sería el aguardiente, que le da mucho calor a uno y lo pone quisquilloso. La cuestión es que me vine para la pieza y Martín siguió bebiendo con los amigos y eso no me gustó, se podía emborrachar demasiado. Y me estaba preparando para acostarme y hasta me había sacado la chaqueta, cuando llegó. Entró a la pieza y se me acercó por detrás y con todas sus fuerzas me dio con los nudillos en la cabeza y me dejó sin aliento. Entonces me di vuelta, y como tenía el cuchillo en la mano, lo iba a guardar bajo la almohada, me di vuelta e hice como si se lo fuera a meter... y el tonto se adelantó y se lo metí no más. ¿Y no se murió el idiota? Sí le hice así no más... Se murió, y yo salí corriendo, llorando a mares y gritando que había matado a mi compañero. Me llevaron preso, y aunque conté la verdad, nadie me creyó. Dijeron que lo había muerto a la mala, cuando él no tenía con qué defenderse, y me condenaron a cinco años y un día. Nadie ha llorado más que yo, señor, porque yo era el único que podía llorarlo con razón: era mi compañero, mi amigo, mi hermano, y yo lo había matado sin querer, como jugando. Y no crean que tengo vergüenza de ser un reo rema-

tado ni que me importe la condena. Lo único que siento es que se haya muerto, así, sin motivo, de manera tan tonta. ¿No es una desgracia, señor?

Calló el hombre y volvió de nuevo a su actitud de aislamiento. El agente sonreía, mostrando debajo del bigote una hilera de dientes cuadrados. Sin duda que el asunto, contado así, resultaba una pizca divertido, pero ni yo ni mi amigo sentimos deseos ni siquiera de sonreír. Sólo habíamos visto en el relato del reo la gran ternura por su amigo y la ingenuidad que demostraba, ingenuidad que parecía detenerse en el límite de la estupidez.

No cabía duda respecto de la veracidad de su relato y era indudable que en el fondo de su corazón se sintiera inocente. Y en cierto modo, casi absolutamente, lo era, o que por lo menos no merecía haber sido condenado, ya que bastante pena y bastante angustia eran para él haber asesinado al ser que más quería, a aquel Martín que yo me imaginé grande, colorado, con bigote color castaño, risueño, despreocupado, vestido con camiseta, faja y pantalón negro.

Ofrecí cigarrillos al agente y al preso. Aceptaron. El preso fumaba penosamente, levantando las dos manos para llevar y retirar el cigarrillo de la boca. El espectáculo me impresionó demasiado y salí hacia la plataforma del coche y me paré ahí a fumar. El tren corría a través de los cerros que rodean Quilpué y Villa Alemana. Calles llenas de cardenales, caminos que se prolongan desde los pueblecitos hacia el campo, subiendo con pereza los cerros; terrenos cultivados, alfalfares, campos de juego, hospitales, jardines. Daba gusto mirar. Y daba pena acordarse de aquel que iba en el interior del coche y que durante tantos años no podía echar a andar por un camino que le agradara, libremente, sin pedirle permiso a nadie. Pero era ridículo que me dejara llevar por sentimientos de piedad o de conmiseración. Lo que aquel hombre necesitaría sería su libertad y nada más. Ni la piedad ni la conmiseración le servirían de nada. Desde la estación iría al presidio, derecho, fatalmente. Cinco años y un día...

5-El trampolín

Para olvidar el asunto y distraerme, empecé a silbar y a cantar. Aprovechando el ruido de la marcha del tren, canté a grito pelado en la plataforma, fumando y mirando el paisaje. El tren piteó: iba llegando a ^{Quillota.} ~~Quillota.~~ Entró a la estación y paró. Los vendedores de frutas y de fiambres atronaron el aire ofreciendo su mercadería; algunos pasajeros descendían, otros querían bajar. Entre la gente que bajaba vi pasar al agente encargado de la custodia del preso. Me miró al pasar y me dijo:

--Voy a buscar algo de comer.

--¿Y el preso?--le pregunté.

--Se estará quieto; es muy tranquilo.

Al bajar, la muerte lo sorprendió. En lugar de descender hacia el andén de la derecha, junto al cual estaba detenido el tren, descendió hacia el de la izquierda, atravesando la línea de los trenes que van al Puerto. Algo le pasó, que se distrajo, y una locomotora lo tomó de costado, echándolo sobre los rieles y pasándole por encima. Yo no pude ni gritar, tan fuerte fue mi impresión; ~~como~~ en medio de ella recordé al preso y durante unos segundos pensé infinidad de cosas: la muerte abría a aquel hombre la puerta de escape de lo prescrito y lo determinado, y yo era el único que podía sacarlo por ella o volverla a cerrar, pues nadie más que yo, testigo casual del accidente, podía reconocer en ^{aquel} ~~el~~ montón de carne ~~que restaba del~~ ^{al} agente y decir qué pasaba con él. Pero, ¿merecía aquel hombre que se le diera la oportunidad de librarse de su condena? Me pareció que sí, ya lo había pensado cuando consideré que a pesar de lo que había hecho era, moralmente, inocente. Su remordimiento y su pena eran ya bastante condena para él. Por otra parte, el único interesado, por obligación del oficio, en que se cumpliera la condena, era el agente y el agente había muerto: lo estaban recogiendo. La justicia, persona abstracta, había perdido su representante, y mientras apareciera otro aquel hombre estaba libre. Claro es que yo... Pero no quise divagar más y entré al vagón decidido a facilitar el salto de aquel hombre en el trampolín

de la suerte. Que cayera donde pudiera... Una vez adentro del vagón vi que mi amigo estaba muy pálido y miraba con tamaños ojos hacia la línea en ^{que} ~~la~~ ~~que~~ había ocurrido el accidente; nuestra ventanilla daba hacia ese lado. Al verme pareció interrogarme con la mirada, haciendo con la cabeza un movimiento como de ^{pregunta.} ~~interrogación.~~ Tenía en su mente los mismos pensamientos míos.

Los demás pasajeros estaban distraídos, efectuando apresuradamente sus compras, y los que ya tenían noticias del accidente no sospechaban quién era el atropellado y pisado por la locomotora.

--¿Qué hacemos? --murmuró mi compañero, con los dientes apretados.

Me senté frente al preso y le dije, en voz baja:

--Andate.

--¿Y cómo, patrón? ¿No ve cómo estoy? --me preguntó, mostrándome las esposas--. Entrégueme a la policía, mejor. Después, si me pillan, va a ser peor.

Vacilé. El asunto salía ya de la simple simpatía y de la aquiescencia piadosa y entraba en la franca complicidad. Pero mi compañero resultó más atrevido que yo. Tomó el sombrero del preso y poniéndoselo sobre la esposa, le dijo:

--Sujételo ahí.

El hombre tomó el sombrero con una mano y lo colocó de modo que le tapara las esposas.

--Bajemos.

El preso se levantó. Estaba pálido, tan pálido como mi amigo y tiritaba, no sé si de alegría o de miedo, hasta el punto de que le castañetearon los dientes. Yo estaba también muy nervioso y me temblaban las piernas. Pero bajamos del tren hacia el andén y salimos de prisa de la estación, tomando después una calle cualquiera. Caminamos en silencio, sin mirarnos, entregado cada uno a sus reflexiones o a su angustia.

Llegamos a las afueras del pueblo y buscamos un sitio donde ocultarnos.

Digo buscamos, y no es cierto: mi amigo era el que nos llevaba. Había tomado la aventura por su cuenta y nos dirigía con una audacia que nunca sospeché en un alumno de segundo año de medicina. Nos dejábamos llevar, dócilmente, obedeciendo a su voluntad y, en cierto modo, descansando en ella.

Nos ocultamos detrás de un árbol.

--Busca dos piedras grandes, pronto.

Encontré lo que ~~me~~ pedía, y él, poniendo una en el suelo, hizo poner al hombre, y en cierta posición, una mano sobre ella y con la otra empezó a golpear la argolla de hierro. Me parecía que los golpes se oían desde la estación. Vigilaba anhelante. De pronto oí un grito:

--¡Ayayay!

En lugar de pegar en la argolla de la esposa, mi amigo, en su precipitación, había dado en la mano del hombre.

↑-Te estoy dando la libertad y todavía te quejas --dijo mi amigo.

--Sí, caballero, y se lo agradezco mucho, pero ¡pegue sobre la argolla!

Por fin la esposa se partió en dos y el preso levantó en el aire la mano magullada. Empezaba a saborear la libertad.

--Vamos, a la otra. Golpea tú; ya me cansé.

Tomé la piedra, y mientras mi amigo vigilaba empecé a golpear la argolla de la otra mano. No resistió mucho, pues golpeaba con decisión y rapidez. Una vez rota, mi compañero la tomó y la arrojó por entre las ramas del arbolito. Ahí quedó enganchada.

Después, nos encontramos los tres mirándonos de frente, sorprendidos. Habían pasado el entusiasmo y la angustia de la aventura. El preso, inmóvil, parecía esperar nuestro consejo o nuestra palabra de liberación: a pesar de todo lo ocurrido, no se consideraba aún libre; se sentía atado a nosotros y no se atrevía a marcharse sin que se lo indicáramos.

--¿Qué esperas? --saltó mi amigo--. Andate. Y procura no jugar con nadie teniendo un cuchillo en la mano y estando borracho.

--Sí, patrón --contestó el hombre--. Para otra vez tendré más cuidado.

Empezó a andar hacia los cerros o hacia el río, no sabíamos hacia dónde, sin mirar para atrás. Pero, sin duda, por vergüenza o por algún otro sentimiento parecido, nuestra presencia debía molestarle ya, le impedía sentirse verdaderamente en libertad, porque de pronto echó a correr, cada vez más ligero, hasta desaparecer en medio de un grupo de árboles.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©